

templar el azotamiento de Cristo, y mira si puedes participar de sus piadosos sentimientos. ¿Qué sentiría la piadosa Señora al ver desnudo y ensangrentado aquel sagrado cuerpo, que Ella tan amorosamente envolvió en el portal de Belen con sus limpios aunque pobres pañales? ¡Cuán cruelmente resonarian en el corazon de la Madre los golpes de los azotes que los sayones descargaban sobre las espaldas del Hijo! ¡Cómo se llenaria de horror y sentimiento al ver brutalmente pisoteada aquella sangre divina, cuya dignidad y excelencia Ella tan profundamente conocia! La vil pasion de la venganza jamás asomó su fascinadora cara en el corazon de María en aquellas dificiles circunstancias; y las plegarias que salian de su fervorosa alma eran súplicas de perdon, de reconciliacion y arrepentimiento, en favor de aquellos furiosos verdugos. Así tambien tú, alma mia, el día que alcances el insigne beneficio de participar de los sufrimientos y aflicciones de Cristo de una manera real y sensible, no des lugar en tu espíritu á sentimientos de odio y de venganza en contra de aquellos, que el Señor escoge para instrumentos de su voluntad santísima.



## CAPÍTULO VIII.

### **El tercer misterio doloroso: La coronacion de espinas de Nuestro Señor Jesucristo.**

#### I.

**L**os crueles apetitos de los sayones y enemigos de Cristo se exacerbaban con la sangre que hicieron saltar del sagrado cuerpo del Señor con los azotes, por lo cual su rabia imaginó un nuevo tormento con que martirizarle. En este paso de la Pasion andan juntamente la atrocidad del sufrimiento corporal, y la ignominia de los desprecios y de los insultos á la sagrada majestad de Cristo. Congrégase toda la cohorte del palacio del presidente, que era como una compañía de tropa más numerosa que las de ahora, y ponen en medio

de ella al dulcísimo Jesús, á quien desnudan de nuevo, avergonzando profundamente al casto y divino Joven, ante los ojos de los soldados. El vestido, dicen los piadosos contemplativos, habíase pegado al cuerpo por las muchas llagas que en él causaron los azotes, por lo cual al ser desnudado padeció crueles dolores; siéntanle en un miserable escaño, cubren sus espaldas con un giron ó pedazo de ropa de grana, clavan sobre su cabeza una corona de agudísimas espinas, ponen en su mano una caña, haciendo así befa de la dignidad real de Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan. El escaño era en escarnio del trono; el giron de grana, de la púrpura real; la corona de espinas, de la diadema con que ciñen su cabeza los monarcas; la caña, del cetro con que rigen á sus pueblos los reyes; y una vez así convertido en Rey de burlas el que gobierna los cielos y la tierra, aquella desenfrenada turba completa el ignominioso cuadro doblando la rodilla ante aquella envilecida Majestad, como quien le presta homenaje, y diciéndole: «Salud, oh Rey de los judíos;» y con una caña punzaban y golpeaban la divina cabeza, y con sus inmundas

manos abofeteaban aquella cara de eterna hermosura y escupian en ella asquerosas flemas, y con carcajadas insensatas, descompuestos gritos y groseras palabras, convertían en escena de brutal algazara aquel paso que profundamente entristecía á las angélicas jerarquías. Nunca Dios había sido tan insultado; es cierto que los hombres desde el principio han ultrajado la dignidad real de Dios, su soberanía en el mundo; es cierto que todo quebrantamiento de su ley, que todo desprecio de su voluntad, que cualquier rebeldía á sus órdenes, constituye un ultraje de la criatura contra la suprema dignidad del Criador, verdadero Rey de sus criaturas; es evidente que estos desprecios y rebeldías y quebrantamientos de la ley y de la voluntad divina por desgracia son usuales en el mundo, mas la forma y manera de este escarnio de la dignidad de Rey, que Dios posee, son convincentes y evidentes en este paso de la Pasión de Cristo. Dios, suma bondad y sabiduría, quiso poner al alcance de la torpe inteligencia del hombre los excesos de sus delitos contra la Divinidad, de una manera material y tangible, y en estos escarnios é insultos de la coronación de es-

pinas has de contemplar, pecador, tus propias obras, tus viles hazañas, cuando sumergido en pecados quebrantas y desprecias la ley y voluntad de Dios. No te enfurezcas, pues, tanto contra los sayones crueles como contra tí mismo: lo que ellos hicieron contra la majestad de Cristo viviendo en carne mortal en la tierra, tú lo practicas cuando pecas contra el Dios eterno é increado, y contra su unigénito Hijo Jesucristo, que reciben las afrentas de tus pecados, áun ahora cuando ya se consumó la Pasion y muerte del Redentor.

¿Quién aspirará, cristiano, á coronarse con la corona de rosas de los placeres materiales, ó con la corona de gloria de las dignidades humanas, despues de haber contemplado al Salvador del mundo coronado con la corona del dolor y de la ignominia? El linaje de los cristianos es una estirpe real y escogida, y por tanto el discípulo y siervo de Cristo ha de estar adornado con la corona figurativa de su dignidad y excelencia, que es la corona de espinas. Rey es el que rige y gobierna todos los apetitos de su naturaleza, avasalla todas sus pasiones y dirige rectamente sus instintos, rey de una

dignidad esclarecida y que tiene ganada esta dignidad con hazañas propias, no con las de sus antepasados, como los otros reyes terrenos; mas ¡ay! esta real dignidad del cristiano no se alcanza sino coronándose de espinas, es decir, mortificándose de continuo en el cuerpo y en el alma, en todo género de apetitos y pasiones.

## II.

Jesucristo Señor nuestro vino al mundo á fundar un nuevo órden de cosas; á destruir el desórden del pecado; á restituir la verdad eterna, derribando las fastuosas ilusiones con que se alimentaban, y áun desgraciadamente se alimentan, muchos hombres. Venia á enseñar que lo que para los hombres es gloria, para Cristo es ignominia; y que lo que el mundo reputa ignominia, es gloria delante de Dios. Si eres amigo de engalanarte, mira á Cristo vestido con esta denigrante librea y confúndete; si te gusta tener amigos obsequiosos, y tal vez súbditos que te contemplen y halaguen, recuerda la cohorte de los soldados de Pilatos injuriando, insultando

tando y despreciando al divino Maestro, y avergüenzate de pretender tú, pecador, lo que no obtuvo el justísimo Señor de cielos y tierra.

Después de la carrera que anduvo Cristo en el mundo, y en pos de Él una multitud de elegidos, ya debes conocer cuál es el verdadero camino de la gloria. Si quieres ser ensalzado, antes te debes humillar; nadie sube á un excelso y eminente lugar en el único orden verdadero de las cosas, que es el orden eterno, si antes no se ha bajado y descendido hasta lo ínfimo de la nada, menospreciando las cosas humanas. El que aprecia y busca las grandezas mundanas y cree en ellas, no ha alcanzado la verdad, que es la esencia y la substancia de la Religión de Cristo; no ama la verdad, sino la mentira; no goza en la verdadera hermosura que radica en Dios, sino en la aparente é ilusoria de las criaturas, que sólo puede sostenerse á beneficio de la oscuridad, y que se disuelve al primer rayo de luz de la claridad divina, como las apariencias y fantasmas que creemos ver en las tinieblas de la noche, se deshacen bajo la influencia de la luz del sol.

La corona de espinas que circuye las au-

gustas sienes de Cristo, es una corona que despide clarísimos rayos á los ojos del verdadero creyente, enseñándole el menosprecio de las dignidades, que siempre, aun cuando sean legítimas y justas, constituyen un verdadero obstáculo en el camino del cielo; jamás las pretendas ni busques, y queda completamente convencido de que lleva más fácilmente á la gloria eterna el camino humilde y escondido, que el empinado y alabado que envidian el infinito número de los necios y engañados.

### III.

Si los desalmados sayones y soldados del palacio del presidente Pilatos insultan y hacen mofa de Cristo coronado de espinas como rey de burlas, tú, alma mía, reverenciale profundadamente y aclámale por rey de tu corazón. Los alborotados judíos decían en los días de la Pasión: «No tenemos otro rey que á César.» Tú debes decir y repetir muchas veces ante este misterio de Cristo, vestido de rey de burlas: No reconozco más rey que mi Salvador; mi corazón no tiene más

dueño que el dulce Jesús; El será quien regirá todos mis afectos y acciones durante el curso de mi vida mortal; á nadie más que á Él pagaré el tributo de mi amor; rechazo el señorío de todas las pasiones y vanidades, y me sujeto dócilmente á aquel Señor, que al criar y dar libertad al albedrío del hombre, se reservó no obstante el señorío del mismo.

Sólo Tú, dulce Jesús, Dios y Redentor de los hombres, eres verdadero Rey, y los demás que reinan y gobiernan lo hacen por gracia y providencia tuya; ya no sólo gobiernas el albedrío de los hombres y riges los movimientos de los pueblos, como un ginete dirige los pasos del caballo en que monta, sino que el curso del sol y de la luna, y el flujo y reflujo de las aguas, y las direcciones de los vientos y huracanes, en una palabra, toda la acción de la naturaleza y de la gracia, la vida del cielo y la vida de la tierra, todo está por Ti regulado, ¡oh Rey coronado de espinas! Yo doblo la rodilla ante la envilecida majestad tuya; yo me inclino profundamente ante Ti, irrisoriamente adornado con burlescos atributos de la soberanía y realeza, y al adorarte con todo mi corazón invito á los ángeles del cielo y á to-

dos los hombres y á todas las criaturas de la tierra para que te desagracien por tan inmensos desprecios, como recibiste en el pretorio de Pilatos, y cada día continúas recibiendo en el mundo. Pero, ¿no es esto, Jesús mío, lo que yo hago cada día cuando en el santo Rosario pido por la exaltación de vuestro reino, la santa Madre la Iglesia, y la conversión de los infieles, herejes y pecadores? ¡Oh dulce súplica la del Rosario! ¡Oh verdadera corona de rosas con que el alma piadosa adorna la hermosa frente del injuriado Jesús!

